

EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO DEL PADRE POVEDA

La Historia de la Educación saluda en el P. Poveda al creador de una Pedagogía Femenina.

Desde la Edad Moderna una selecta teoría de plumas bien cortadas había abordado el tema de la educación de la mujer. En esta corriente Vives y Fr. Luis se enlazan con Fene-lón y Dupanloup, y en todos ellos parecen resonar los ecos de la Patrística, verdadera edad de oro de la educación feme-nina. El P. Poveda recoge el hilo que los clásicos le tendie-ran y lo anuda al siglo xx. Pero no escribe tanto como rea-liza. Porque el P. Poveda fué ante todo un hombre de ac-ción. Su obra consiste en haber plasmado una Pedagogía para la mujer de la que dan cuenta sus escritos y su Funda-ción, la *Institución Teresiana*.

Esta Pedagogía se halla informada por la eterna pedago-gía sobrenatural de la Iglesia, y resuelve el grave divorcio de tradición y progreso en que se escinde la Pedagogía mo-derna, crisis singularmente aguda en lo que a la mujer ata-ñe. El P. Poveda fué consciente de su actitud innovadora, y, sabedor de que su obra aportaba al problema una fórmula de solución, aludió más de una vez al nudo del conflicto en-tre las modernas exigencias sociales y las formas anquilosa-das de educación que pretendían satisfacerlas.

Un supuesto previo.—La obra pedagógica del P. Poveda implica una toma de postura frente a la misión de la mujer en la sociedad moderna. Yo diría que al P. Poveda no le abandonó jamás la preocupación de definir la *situación* de la mujer dentro de la sociedad actual. A este fin estudia su misión sirviéndose del doble criterio empírico y sobrenatu-ral para inducir de los datos histórico-sociológicos y deducir

de los designios divinos el oficio propio de la mujer, destinada para *ayuda del hombre*. «El designio providencial de la mujer es ser ayuda del hombre. Todo lo que sea contrario a ese designio es diabólico.» (1). «La grandeza femenina se logra cuando sabe ser ayuda del hombre» (2), repite incansablemente, abominando por igual de las sociedades que servilmente la degradan convirtiéndola en mero objeto de placer, y de estas otras pseudoemancipaciones con que los últimos tiempos le brindaron una exaltación desorbitada. A los catastróficos efectos de un planeta que acertara a salir de su órbita compara a la mujer que, por servidumbre de ignorancia y frivolidad o por ridículo snobismo de desviadas reivindicaciones, pretendiera equipararse al hombre desertando de su noble papel de corazón de la humanidad (3). Y esta función cordial dentro de las humanas empresas la realiza principalmente a través de la familia, ya que «la familia es como la mujer la hace: ella la forma, la modela y la perpetúa. La sociedad civil... es reflejo fiel de la mujer de su tiempo» (4).

Por eso, en la mente del P. Poveda este divino designio de *ayuda semejante al hombre* que, según la bíblica expresión, pesa sobre la mujer, significa, desde luego, que «no corresponde a ella asumir la dirección de los destinos del mundo» (5); pero si alguien infiriera de aquí un menosprecio de su misión, se apartaría del pensamiento don Pedro, que afirma, por el contrario, ser «de vida o muerte la cuestión de la educación femenina» (6), pues «cuando la corrupción no llega más que al hombre, todavía hay esperanzas, no se ha perdido todo, queda la parte más poderosa de la sociedad sin corromper» (7).

(1) *Carta*, mayo 1930.

(2) *Ibidem*.

(3) *Carta*, mayo 1919.

(4) *Ibidem*.

(5) *Carta*, mayo 1930.

(6) *Ibidem*.

(7) *Ibidem*.

¿Cómo, entonces, la que sólo era *ayuda* del hombre se le ha convertido al P. Poveda en parte *la más poderosa de la sociedad*?

Por un doble camino ha llegado nuestro autor a esta conclusión, en la que apoyó la obra de toda su vida.

En primer lugar, la trascendencia de la educación femenina estriba en el poder de la mujer sobre el hombre para modificarlo según su modo de pensar, para lo cual, escribe, «no emplea la fuerza ni el discurso, pero sí maneja hábilmente todos los encantos de que la dotó el cielo, los cuales pone a contribución para resultar siempre triunfadora» (8).

En segundo término, el P. Poveda admiraba en el sexo débil un venero de espiritualidad más rico e intenso que en el sexo fuerte (9), coincidiendo con aquella atrevida expresión de Dupanloup «la mujer tiene más alma que el hombre».

El principio fundamental. — Dos zonas abisales limitan peligrosamente la senda nueva de la educación que el P. Poveda había de abrir a pico en los inquietos años que precedieron a la primera guerra mundial. Por un lado, el atavismo superficial de una sociedad que desconfiaba entonces de toda mujer culta. Por otro, los exotismos que, so capa de engrandecimiento halagador, perturbaban las sociedades y las conciencias destruyendo el benéfico influjo del sexo destinado a ser, en concepto del P. Poveda, «ayuda, consuelo, alegría y honor de la Humanidad» (10).

Frente a una y otra desviación, el P. Poveda proclamó y realizó una educación de la mujer que «tiene muy presentes su sexo, sus oficios y su fin» (11). Todo ello —esto es obvio— repensado y actualizado con aquel su afán indomable de *sintonizar con todos los elementos de la vida moderna para ins-taurarlos en Cristo*, que preside cualquier faceta de la concepción educativa del P. Poveda.

(8) *Ibidem.*

(9) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas.* Córdoba, s. a. Segunda edición, págs. 29-32.

(10) *Carta*, mayo 1930.

(11) *Ibidem.*

Y con esto nos hallamos ante lo que fué clave y nervio de su Pedagogía y de su vida: un designio de orientación sobre varias corrientes de la feminidad actual que, *por su peligroso valer*, lo estimularon incansablemente hacia el logro de una poderosa síntesis encauzadora.

Lo que el P. Poveda recogió, valoró y encauzó fueron las novedosas posibilidades de actuación que la cultura y la sociedad actuales empezaron a poner, con el siglo, en manos de la mujer cristiana. Su Pedagogía está totalmente estructurada en función de este supuesto. En un opúsculo correspondiente a sus primeros años de inquietudes pedagógicas el P. Poveda se detiene morosamente enumerando los grandes Padres de la Iglesia que más se distinguieron por sus escritos en orden a la formación de la mujer. Tras señalar obras y capítulos dedicados a este tema, cita los santos modernos que sobresalen en este apostolado, y concluye, a la vista de las ilustres mujeres que últimamente destacaron en el campo de la beneficencia y la cultura, afirmando las profundas esperanzas de regeneración social que pueden apoyarse en la mujer, puesto que «las mujeres fueron, son y serán los frutos más sazonados de la cruz» (12).

De acuerdo, pues, con una intuición nada común de las reservas de alma que atesoran las mujeres del Cristianismo, el P. Poveda concibió, desarrolló y plasmó una Pedagogía femenina que implica a su vez un concepto concreto y actual de perfección de la mujer.

Y ésta es la causa de que en la base misma de toda su actuación, tanto de Pedagogo como de Fundador, nos encontremos con aquel principio fundamental que él llamaba *Humanismo Cristiano*. Pero esta expresión, puesta al frente de su programa por el P. Poveda, está muy lejos de significar para él una bandera de formación clásico-literaria opuesta, por ejemplo, a una concepción estrictamente realista de la educación. Muy de otra manera, es más bien un ponde-

(12) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas*.

rado cultivo de las diversas directrices humanas, radicalmente reordenadas por la superestructura cristocéntrica de un concepto católico de la vida. «Yo quiero, sí, vidas humanas... Casas en donde el humanismo impere; pero como entiendo que esas vidas no podrán ser cual las deseamos si no son vidas de Dios, pretendo comenzar, por henchir de Dios a los que han de vivir una verdadera vida humana.» Y como considera que la afirmación de los derechos de Cristo en la Humanidad es el único camino para lograr la plenitud de lo humano, concluye vigorosamente: «¿Pretender destruir lo humano? Jamás; es una quimera. ¿Intentar la perfección de lo humano por medios diferentes? Vano empeño. ¿Prescindir de Dios para perfeccionar su obra? Necia ilusión. ¿No os parece sencillísimo el procedimiento, racional el proceso e infalible el resultado del sistema?» (13).

La larga y sólida preparación del educador, al que en la escuela del P. Poveda se le exige una vocación de por vida, se apoya en el reconocimiento del principio más profundo que el Humanismo cristiano ha sentido jamás en el orden pedagógico: todo contacto realmente educador de un hombre sobre otro ha de participar en alguna manera del plan de la Redención. Si la obra de la educación no está terminada mientras no posee al educando en el centro mismo de su personalidad, nadie educa tanto ni tan bien como quien coopera a la formación de Cristo en cada hombre (14), ya que ningún acontecimiento de la Historia ha afectado más íntimamente a la Humanidad que la filiación divina alcanzada por ésta en la Persona de Jesús, y por El, aunque de diversa forma, en todos los demás hombres. O como escribe nuestro autor: «La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo con la santidad más ver-

(13) *Meditaciones y Consideraciones*. Madrid, 1949, págs. 53-59.

(14) Por eso, uno de sus escritos más luminosos en orden a la educación consiste precisamente en un comentario a la frase paulina: «Donec Christus formetur in vobis» (Gal., IV, 10). Vld. *Meditaciones y Consideraciones*, págs. 109-116.

dadera, siendo al propio tiempo humano con el humanismo verdad» (15).

En su virtud, la obra pedagógica del P. Poveda estima como uno de sus postulados fundamentales la valoración positiva y el alentador reconocimiento de cualquier capacidad del sujeto que le permita establecer contacto (de mero disfrute o de realizaciones) con una esfera determinada de la objetividad por ínfima que nos pudiera parecer. Una doble labor jerarquizadora incumbe en todo caso al educador: la armonización de las adquisiciones y habilidades parciales buscando siempre el humano equilibrio del sujeto, y la cooperación, indirecta pero eficaz, al encumbramiento definitivo de éste disponiéndole a la más viva actualización de su entronque con Cristo.

Así, pocos rasgos se destacan mejor en la Pedagogía que venimos estudiando que el estímulo, constante y discreto a la vez, con que el maestro ha de favorecer la espontánea manifestación de aptitudes y preferencias. «Alejad —escribe— de la Academia los remilgos, las reticencias, la falsía y todo el cortejo de pecadillos que la hipocresía trae consigo. Sea, sí, fino vuestro trato, correctísimo vuestro porte, delicados vuestros modales, pero todo ello sin afectación, con sencillez, naturalidad y respetuosa confianza. Ha de procurarse que cada discípula dé de sí todo lo bueno que pueda dar, y no es fácil conseguirlo sin darle expansión... Respeto el parecer de los que piensan que la falta de expansión es necesaria para conservar la disciplina en el colegio. Yo sé por experiencia lo contrario, y profeso, por tanto, doctrina opuesta» (16).

Consiguientemente, al recoger las tendencias y aspiraciones de la mujer de hoy, valoró su cultivo del arte, las letras y las ciencias, manifestando en forma elocuente y decisiva su pensamiento acerca de este punto, entre otros pa-

(15) *Meditaciones y Consideraciones*, págs. 59-60.

(16) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas*, pág. 5.

sajes, en aquella glosa a estos versículos de la segunda epístola del Príncipe de los Apóstoles: «Vosotros, pues, aplicando todo cuidado, juntad a vuestra fe, virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza.» «Dura será mi afirmación, pero no vacilo en hacerla. Si no edificáis por vuestra ciencia, por vuestro estudio, por vuestro saber, habrá que dudar de vuestra virtud y temer por vuestra fe.» (17.)

Bien sea que considere la llenez de la perfección humana como fruto de una progresiva urgencia sobrenatural en el sujeto, bien que guste de subrayar el cultivo de las dotes naturales (en su doble ámbito del conocimiento y la moralidad) como normal propedéutica de una total cristificación, nos encontramos siempre en esta Pedagogía con las sazonadas manifestaciones de este *Humanismo Cristiano* que el P. Poveda pone en la base de toda su obra y en el que todo lo bueno, justo y noble del mundo tiene no sólo cabida, sino sentido. En él estriban no sólo sus escritos, sino su *Institución*.

Modalidad femenina.—Estudiemos a esta luz las características de su educación para la mujer.

Hemos visto ya que a la diversidad de funciones en los sexos debían corresponder también diferencias típicas en sus respectivas educaciones. Tales notas características han de ser por necesidad *adjetivas*, pues la educación se da siempre en función de la humanidad, y ésta es esencialmente idéntica para el hombre y la mujer. Sin embargo, el desconocimiento o desprecio de estos rasgos diferenciales no puede menos de afectar radicalmente la obra *concreta* de la educación, que siempre se halla dirigida a un sujeto determinado, hombre o mujer. A semejante desconocimiento el P. Poveda no vacila en aplicarle el concepto antinómico de la educación, *deformación* (18). Este pensamiento muchas veces repetido lo dejó sobre todo escrito en un párrafo que no nos

(17) *Meditaciones y Consideraciones*, pág. 82.

(18) *Hablemos de las alumnas*. León, 1935, pág. 10.

atreveríamos a mutilar: «Que vuestras educandas sean cultas, virtuosas, sanas de cuerpo y alma, pero como mujeres y no como hombres; con las modalidades propias de su sexo elevadas a la perfección, pero no confundiendo la perfección con el sexo, como equivocadamente acontece, juzgando que es mujer más perfecta la que más se parece al hombre o con el que se confunde en modales, palabras y hasta bromas» (19).

Y ahora podríamos preguntarnos: ¿Cómo entendió el P. Poveda esta modalidad femenina de la educación?

Una respuesta rápida y en lo fundamental exacta nos la suministra el recuento de aquellos rasgos y virtudes que en sus escritos y en su obra ocupan un lugar de honor.

Sea el primero la *formación y solidez de criterios* a toda costa, cierto de que éste y no otro ha de ser el eje indeclinable de toda personalidad. A esto conspira su consigna de sólida cultura tanto religiosa como profana, capaz no sólo de adherirse a los principios básicos, sino de juzgar con madurez de «las cuestiones fundamentales que actualmente se debaten» (20).

Pero la educación del juicio es nada menos que el áureo fruto de una difícil simbiosis de sabiduría, ciencia y prudencia, porque se logra —nos dice— «orando, estudiando y pidiendo consejo» (21). Sus libros, meditaciones y pensamientos espirituales —«castizos en la forma y en el fondo», como de ellos nos dejó escrito Menéndez Pelayo (22)— constituyen hoy uno de los mejores modelos de pedagogía ascética y están acreditados como medios excelentes para formar el pensamiento y el estilo de las jóvenes en la reciedumbre de una piedad sincera y sólida al mismo tiempo.

Cabe la doctrina que ilustra, el carácter que consolida. por eso se nos destaca pronto una segunda nota, hecha de dis-

(19) *Ibidem*, pág. 9.

(20) *Ibidem*.

(21) *Ibidem*, pág. 21.

(22) Carta de M. Menéndez Pelayo. Vid. *En provecho del alma*. Madrid, 1943. Séptima edición, pág. 111.

creción (23), austeridad, templanza y otra serie de imponderables que podríamos englobar en la expresión de *temple teresiano*.

El P. Poveda, que posea y alababa la delicadeza de espíritu y fomentaba todo primor en el trato y la virtud, tuvo miedo a la sensiblería femenina.

Lo sé, aunque no lo he visto jamás escrito. Pero sus actuaciones se inspiraron siempre en una tan hispana austeridad, y su estilo es tan lógicamente sobrio, que más de treinta años (24) de semejante proceder no pueden sino argüir un elocuente magisterio de equilibrada ecuanimidad directamente emparentada con el horaciano y elegante «ne quid nimis».

Entre su lista de «defectos reprensibles en todas las mujeres», pero *intolerables* en las que aspiran a la perfección, figuran estos dos: «Ser apasionadas para querer y para manifestar sus afectos. Y ser lo mismo para lo contrario» (25). «Si falta la templanza —nos dice—, luego se sensibiliza todo, se van concediendo poco a poco libertades e incorrecciones, y de la falta de voluntad y exceso de condescendencia adquieren desenfreno las pasiones y convierten en instrumentos de perdición lo que, rectamente utilizado, serviría para cimentar y abrillantar el carácter» (26).

Con una doble relación de rasgos antitéticos complementarios desata de un golpe ante nuestro ojos todo su pensamiento sobre el álgido punto de la educación de la sensibilidad femenina: las mujeres que en su escuela se formarían habían de ser «blandas, dulces, comprensivas, tiernas, cariñosas, transigentes, benignas, amables, etc., para todos; pero fuertes, duras, rigurosas, inquebrantables para consigo mismas» (27).

(23) Recordemos que nada mejor podía decirse de una mujer, en el Siglo de Oro, que alabarla de *discreta*.

(24) La obra del P. Poveda se inició en 1911, y éste murió en 1936.

(25) *Meditaciones y Consideraciones* pág. 409.

(26) *Meditaciones y Consideraciones*, págs. 83-84.

(27) *Ibidem*, pág. 68.

La Pedagogía de la templanza estriba para el P. Poveda en la observancia del orden, como disposición adecuada de las actividades, por un lado, y en la disciplina de la expresión, singularmente de las palabras y modales, por otro. La aspirada ecuanimidad surgirá entonces como fruto del orden armónico que ha presidido las primeras etapas de la vida.

A ambos medios dedica aquí y allá sabrosos comentarios, entre los que descuellan los apartados de su opúsculo *A las Profesoras de las primeras Academias Teresianas*, en que, después de recomendar el silencio como virtud social de una época donde «para hablar mucho, y más si lo que se habla no es bueno, todas son facilidades, y para obrar, sobre todo, si se trata de obras buenas, todas son dificultades», concluye proponiéndoles este lema: «amor, trabajo, sacrificio, perseverancia, obras, silencio y humildad» (28).

Pero es particularmente propio del *temple teresiano* forjado de recias virtudes engalanarse con aquella impalpable y huidiza *naturalidad* cuyos tóores encontramos en la misma Santa Teresa, que tanto celebra «aquesta llaneza... por la que soy perdida».

El Padre Poveda pensó siempre que esta cualidad había de ser el distintivo de las maestras formadas por los Internados que él fundara. Tenemos motivos para afirmar que si la primera generación de jóvenes formadas en su escuela y partícipes de sus ideales hubiera tenido el menor ribete de pedantesco culturalismo, el Padre Poveda no hubiera proseguido con ella su Fundación.

¿Sería, por fuerza, la cultura antítesis de la naturaleza? No lo cree él así. Más bien atribuye a la escasez de cultura y a la falta de virtud el amontonar obstáculos para el logro de aquella ingenua sencillez y frescura de carácter que tan ardientemente desea ver en las jóvenes estudiantes. ¿Modelo? Santa Teresa de Jesús. Ella fué «muy santa, fué doctora y,

(28) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas*, pág. 16.

siendo mujer y monja por añadidura, poseyó la naturalidad en sumo grado y la llaneza más franca y absoluta en sus ideas, lo mismo que en sus palabras y en sus afectos» (29).

A una naturalidad tal como se entiende en esta educación le es esencial la sencillez sólida y sin remilgos y un porte del todo modesto, sin afectación de ninguna clase. «Valdrás más cuanto más sencilla seas», escribió el Padre Poveda en una de esas frases suyas concisas, hondas y convincentes. La sencillez destaca en su obra con carácter inconfundible y triunfador. Y es que, en realidad, sobre el fondo moral del Cristianismo, la gran virtud de la sencillez nos aparece directamente relacionada con el ideal femenino a que sus mujeres nos han acostumbrado. Toda perfección femenina, cuando es auténtica, se nimba con la gracia genuina de lo sencillo.

Pero, desde otro punto de vista, no es menos cierto que la sencillez, que no figuró jamás entre las principales virtudes de la especulación pagana, ha pasado a primer término en la revelación evangélica, que exige la humildad y docilidad de corazón como principales disposiciones de todo el que quiera adelantar en el seguimiento de Cristo.

Mas he aquí que, por donoso contraste, *la naturalidad* exigida no puede ser sino el fruto más exquisito de un profundo sobrenaturalismo, hasta el punto de que aquella no se daría si faltara la clave de las virtudes de la Iglesia, troquel indiscutible en que se fraguó el alma diáfana de Santa Teresa. Y como todo lo que es virtud en violencia se traduce, por eso el Padre Poveda llamó *difícil* a la *naturalidad*: «Haced todas las cosas con esa difícil naturalidad, fruto del vencimiento de sí mismo» (30).

El gran medio.—El Padre Poveda acepta en principio como medios de educación los generalmente admitidos por

(29) *Meditaciones y Consideraciones*, págs. 64-65.

(30) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas*.

la educación cristiana, pero apoya de tal manera toda la estructura de su obra y su pensamiento en la cálida y estimulante utilización del *espíritu de familia*, que no dudamos en destacarlo como el medio de educación por antonomasia en la Pedagogía Teresiana del P. Poveda.

El vínculo interno de la caridad, que es en la Institución del Padre Poveda el alma de la disciplina, encarna en la modalidad atrayente y sencilla de un hogar cristiano donde todas las virtudes y encantos naturales han sido embellecidos por el destello interno de lo sobrenatural.

Las Casas Teresianas no son, a decir verdad, Colegios ni Residencias: son hogares.

Es esencial a su espíritu la convivencia de profesoras y alumnas, la naturalidad en el trato y modales, la sana y contagiosa alegría de los ambientes puros. Las Profesoras comparten con sus alumnas la mesa, el recreo y el descanso.

La labor de clase como Profesoras ha de completarse con el contacto personal diario, generalmente más vital e íntimo fuera que dentro del aula. Los problemas de la ciencia y de la vida, que en el tono académico de una clase apenas son susceptibles de otro enfoque que el general, cobran en la conversación privada calidades más hondas, porque pueden adaptarse a la peculiaridad individual. La adolescencia suele estar a menudo necesitada de intimidad, y una acción pedagógica eficaz sólo se concibe mediante una compenetración comprensiva tal como la que reina en un exquisito y depurado medio familiar.

«Bien sabéis —escribe el Padre Poveda— las ventajas y los inconvenientes que ofrece el internado para la educación de la juventud; pero sabéis también que cuando él se asemeja lo más posible a la familia, reúne todo lo bueno. Tengo para mí que el secreto del éxito está en que las alumnas se sientan como en su casa y estimen a las personas y a las cosas como propias...» (31).

(31) *Hablemos de las alumnas*, pág. 31.

Una formación perfecta sería la que favoreciendo la expansión de las máximas posibilidades personales, esto es, el logro pleno de la peculiaridad individual, la conjugara al mismo tiempo con la vigencia plena de la norma y el «deber ser». Ahora bien; este encauzar estimulando, este orientar sin herir, respetando las prístinas y secretas fuentes de la energía personal, este fijar rumbos eternos sin marchitar la frescura del capullo aún no abierto, es el gran patrimonio de los hogares cristianos que la Institución quiere aprovechar al adoptar el espíritu de familia como uno de los rasgos distintivos de su pedagogía. Por otra parte, con ello no hace más que recoger aquella propensión fundamental de la mujer para enfocar los problemas todos del mundo y de la vista a través de una concepción familiar.

¿Estará, pues, el éxito en el mucho «confort», en grandes salones y recreos, entretenimientos más o menos mundanos, reuniones, etc.? Aunque algo de esto haya de aprovecharse, no serán ellos los mejores medios ni únicos.

«... Hagamos de nuestras residencias casas de orden donde reine la alegría por la paz de las conciencias, donde haya una expansión debidamente entendida, donde el amor de Dios y del prójimo reine en los corazones, donde la penetración de maestras y alumnas sea completa, y tendremos un grupo de jóvenes o de mujeres que sientan aspiraciones e ideales de algo grande, nada bajo y vulgar, que llegarán a cumplir con gusto y con amor su deber para ejecutarlos después con entusiasmo, con vocación verdadera» (32).

Dentro de esta familia depurada y sublimada que constituye el ambiente ideal de la educación, dos caracteres se destacan entre otros con espléndida potencialidad configuradora: el amor y la alegría.

A la pedagogía del amable Padre Poveda —como de él ha dicho alguno de sus comentaristas— se le ha llamado

(32) *Ibidem.*

ya, Pedagogía del amor, porque de ningún medio se propone reportar tan altos beneficios como del ejercicio de este excelente pedagogo que en todos los tiempos ha sido el amor. De acuerdo con esta primera incuestionable realidad de sus Fundaciones, afirma que el alma del maestro «debe estar inflamada por el amor; sus obras han de ser hijas del amor, y éste, el que inspire abnegaciones, sacrificios y la muerte misma». Y en otro sitio: «(el amor) os hace fuertes y él os llevará al triunfo... Sin él no habrá frutos saludables... ¡cuánto se progresa con el amor!... el Señor os libre de la falta de amor» (33).

La alegría es un medio fundamental de educación dentro de la Pedagogía del Padre Poveda: «A lo que a mí se me alcanza —escribía ya en los primeros tiempos—, es muy mala nota en un colegio la tristeza y melancolía de unos y otros: de los que enseñan y de los que aprenden. La alegría hace breve el tiempo y llevaderos los estudios y la disciplina y fácil la vida y amables las personas y simpática y atractiva la virtud, y, en suma, convierte el cielo en la tierra. Plegue a Dios que nuestra Academia sea tan alegre como el Paraíso, y que sus moradoras vivan, como los Santos en la Gloria, con una alegría imperecedera. Se puede ser alegre en la oración y en el estudio y en la clase, y en todas partes. ¿Por qué no?» (34).

Una buena parte del proceso educativo descansa en la disciplina del gozo. Al inocente ejercicio de las funciones fundamentales acompaña en el niño el placer. Pero la educación irá elevando y sancionando progresivamente las satisfacciones del niño y descubriéndole nuevas fuentes de alegría a medida que le muestra los objetivos más excelsos de la actividad humana. Un día también le hablará de la alegría en el dolor. Finalmente, toda la obra de la enseñanza

(33) *Consejos a las profesoras y alumnas de las primeras Academias Teresianas*, págs. 2-4.

(34) *Ibidem*, pág. 7.

está encaminada al goce supremo y sobrenatural de la bienaventuranza (35).

Si el maestro logra desatar en las conciencias de sus discípulos la fuente inextinguible de alegrías que ofrece el cristianismo, es porque descubre a su discípulo el recurso de una zona íntima del alma invulnerable a los asaltos y alteraciones del exterior. «... en lo más secreto de tu alma. Allí hallarás siempre motivo para estar alegre... es tan interno el corazón que bien puede ser el depósito de los más delicados motivos de alegría sin peligro a que se escapen» (36).

Resumiendo: El Padre Poveda tiene en cuenta para su Pedagogía la grandeza y debilidad del alma femenina.

Por un lado, pone a contribución ese dechado de perfecciones femeninas que fué Santa Teresa de Jesús. Acaso porque para realizar el *tipo* sólo contaba al empezar, con las reservas de alma que atesora la mujer española, y éstas alcanzan en la Santa un grado supereminente; lo que no le impide ser una figura universal cuyo atractivo y ejemplaridad irradian por encima de razas y fronteras, despertando un eco simpático en los pechos de todos los que la conocen.

Puesto en esta línea, se cree capaz de demostrar «con la Historia en la mano» que la influencia de la mujer fué decisiva con todo lo bueno, grande y noble que se llevó a cabo en el mundo desde la venida de Jesucristo, y que a su valor, celo y ayuda se debieron los mayores triunfos, y hasta a su constancia (constancia, sí), la consolidación de toda buena empresa (37). En función de estas posibilidades estimulantes desarrolla una buena parte de su plan de formación.

Pero, por otro lado, diríamos que un perspicaz conocimiento de los fallos humanos más propios de la mujer le

(35) GARCÍA Hoz: *La alegría y el dolor en la educación*. Vid. *Nacimiento de la intimidad*. Madrid (C. S. de I. C.) Instituto «San José de Calasanz», 1950, págs. 85-102.

(36) *Cartas sobre la alegría* (3.ª carta, 19-III-1925).

(37) *Carta*, León, mayo 1930.

servía siempre como cantera inagotable de motivos y directrices. En su Pedagogía hallan sano correctivo el afán desmedido de novedades, la viva superficialidad, la presunción vana, la estrechez de miras, la locuacidad, la blanda molición, la inconstancia, la pedantería y la rutina atrabiliaria. De todos estos escollos pretende salvaguardar la educación teresiana a las jóvenes estudiantes, porque frente a cada fisura del alma femenina establece el Padre Poveda robustos contrafuertes que apuntalan el edificio, precisamente allí donde el peligro más amenaza.

Cuando a lo largo del primer tercio de siglo imprimía el sello definitivo a las primeras Academias Teresianas, trabajaba con los ojos puestos en el ideal, pero sin perder de vista la contrafigura.

De este modo la peligrosidad del empeño avalora el éxito de la creación.

M.ª ANGELES GALINO

Profesora de la Universidad de Madrid.

S U M M A R Y

D. Pedro Poveda Castroverde (1876-1936) can be considered as the founder of a feminine pedagogy through his foundation called the «Theresian Institution».

The following items of his doctrine are studied in this article:

A *preliminary supposition* where the position of woman in our society according to the author's opinion is considered.

The fundamental principle on which this pedagogy is based and which is only but the «Christian Humanism». This humanism is not to be literally understood but as a pedagogical application of the Incarnation.

Feminine modality, where the characters of the woman educated in this school are enumerated: sound thought and Theresian frame of mind in which the notes of simplicity and spontaneity excel.

Means of education.—Family life with its two characters, love and joy, is enhanced among many other means.

Summing up. Rev. Father Poveda fulfilled the demands of modern education trying to reinforce the possibilities of the feminine mind and having account of its principal defects to correct them.